

diga en una ventanilla de correos, en la de una estación o delante de un puesto de helados».

Si se trata de una ficción literaria o texto artístico no obstante, hay que saber que ese texto se remite a sí mismo: «Las afirmaciones contenidas en la *Ilíada* se verifican en la *Ilíada* misma y con respecto a la realidad que en el poema se construye, es decir que la *Ilíada* no se refiere a otra realidad (histórica o empírica), sino que constituye una realidad en sí misma». Por supuesto el discurso fictivo hace una designación más connotativa que denotativa, no se halla falto de tal designación, pero su consistencia primera en cuanto al contenido se encuentra en él mismo; suele decirse de la Vetusta clariniana que es Oviedo, pero no es así: Vetusta es Vetusta.

En esta obra reitera Coseriu su conocida tesis de que el lenguaje literario debe quedar considerado «como el lenguaje por excelencia, ya que sólo en él se halla el pleno despliegue de todas las posibilidades lingüísticas. [...] En literatura alcanzan pleno desarrollo muchas posibilidades que en las demás modalidades de uso lingüístico quedan “desaprovechadas”». Asimismo aparece en el libro el concepto de «lengua histórica», o sea, de una técnica del hablar constituida históricamente y a la vez transmitida. Etc.

La presente *Lingüística del texto* es una obra de importancia, tanto por su ocurrir como por ser una pieza que no cabe olvidar en la construcción intelectual del autor; publicación complementaria del propio Coseriu y en la que asimismo ha intervenido O. Loureda, es la que se denomina *Lenguaje y discurso* (Pamplona, EUNSA, 2006).

FRANCISCO ABAD

GARCÍA JURADO, Francisco, *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: Espacio social y literario*, Analecta Malacitana, Univ. de Málaga, 2005, 415 págs.

El volumen que reseñamos es una obra colectiva de utilidad filológica que presenta el panorama de los estudios de la literatura grecolatina y los personajes que contribuyeron a que dichos estudios, con sus enseñanzas y publicaciones, fueran avanzando y consolidándose en el siglo XIX.

Este trabajo abre con el *Índice* (pp. 7 ss.) al que sigue un elogioso *Prólogo* (9-11) de C. García Gual quien acertadamente indica, que este libro no ofrece un estudio sistemático ni una panorámica completa de los estudios clásicos en esta centuria, pero sí un análisis histórico-filológico sobre temas puntuales que nos permite valorar los progresos y esfuerzos alcanzados en los estudios de literatura y didáctica de las lenguas clásicas en dicho período. El autor, en la *Introducción* (pp. 13-23), confiesa que una de las razones que le animó a emprender este trabajo fue la ausencia de una obra de síntesis de la literatura clásica; expone las circunstancias en que se origina, su propósito, el método seguido y hace un excelente y detallado recorrido por la totalidad de los contenidos de la obra que encuadra en cinco bloques temáticos: 1.^a parte, «La historia de la literatura clásica y su enseñanza en el siglo XIX»; 2.^a parte, «Traducciones y colecciones de literatura clásica»; 3.^a parte, «Entre retórica y filología»; 4.^a parte, «El espacio literario: Literatura antigua y moderna» y 5.^a parte, «El espacio social. Nacionalismo, Iberoamérica e Iglesia Católica». Estos bloques reúnen un total de diecinueve trabajos de distintos autores y resulta sorprendente que coincida el nú-

mero de trabajos con el del siglo objeto de estudio, tal vez se deba a la causalidad o a la intención del director de la publicación.

El primer bloque (pp. 25-134) abarca cinco novedosos capítulos que constituyen el eje principal. J. Espino Martín («*La enseñanza de la literatura clásica. Retórica, poética y comparativismo*») propone que la *Poética* de Luzán y luego la *Retórica* de Mayans supusieron la base para el inicio de una historia de la literatura, al convertirse en vehículos del nuevo pensamiento historicista y de la reivindicación de las obras literarias nacionales; afirma que la historia de la literatura es la que refleja el conjunto de transformaciones ideológicas, culturales, sociales, políticas y educativas de toda una época y alude al incipiente comparativismo entre la literatura latina y la española.

Fco. García Jurado («*La literatura como historia. Entre el pensamiento ilustrado y la reacción romántica*») intenta fijar el concepto de historia literaria, analiza e indica las características de tres obras con tres visiones distintas, la de Juan Andrés, la de Fr. Schlegel y la de A. Gil de Zárate y ofrece las claves para entender algunos aspectos que configuran la esencia de la historiografía literaria española. Este mismo autor y P. Hualde Pascual («*El nacimiento de una asignatura. Legislación, manuales y programas de curso*») centran su atención en las circunstancias legislativas que, gracias a la política liberal de Gil de Zárate, dan lugar en España a una asignatura dedicada al estudio de la Literatura Latina y más tarde de la Griega y ofrecen una sucinta relación de manuales oficiales y no oficiales. Asimismo, estos autores, en dos trabajos de contenido similar («*Los primeros manuales de literatura latina*») y («*Panorama de los manuales de literatura griega (1849-1968)*»), siguen un criterio

uniforme y la misma estructura, seleccionan cuatro manuales oficiales (publicados entre 1845 hasta 1868) de los que ofrecen interesantes juicios, tras analizar cuatro puntos fundamentales: Dedicatoria y prólogo; estructura y concepción historiográfica; juicios críticos sobre autores latinos y cita de autores modernos. García Jurado afirma que los manuales reflejan el complejo mundo de la historiografía literaria, tanto en su tradición erudita como en las aportaciones de las modernas escuelas filológicas. P. Hualde, por su parte, concluye diciendo que cada uno de los manuales presenta características propias en función de la formación y el talante personal y considera que el manual de González Andrés es el más moderno e interesante por el catálogo de traducciones.

El segundo bloque (pp. 135-226) contiene cuatro interesantes trabajos, D. Castro de Castro («*Las colecciones de textos clásicos en España: La biblioteca Clásica de Luis Navarro*») centra su objetivo en aportar algunos datos sobre las circunstancias de la creación, la evolución y la influencia sobre la sociedad de las más importantes colecciones de textos clásicos. Recuerda a dos grandes impresores: Ibarra y Sancha y se detiene, muy especialmente, en la Biblioteca Clásica de Luis Navarro que, por la traducción de muchos textos, fue el medio más importante para la difusión de la Literatura Grecolatina en España a finales del siglo XIX. Resalta la labor de Menéndez Pelayo y distingue tres períodos fundamentales en la BC: (1977-1901) (1901-1936) (1940-1984). Este mismo autor («*Las versiones de poesía épica latina en el siglo XIX*») señala que no aparecen traducciones de la *Eneida* hasta la década de los 40 y que no existía un interés filológico en las traducciones ya que se prefería traducir a los poetas en verso libre. Presta atención a las versiones que se

hacen en ultramar y aunque valora la de Eugenio de Ochoa, considera (juntamente con Menéndez Pelayo) la mejor traducción la del colombiano M. A. Caro por la calidad de la lengua española. Óscar Martínez García («*La épica griega: Traducciones de Homero*») traza un recorrido por cuatro traducciones de la *Iliada* y señala que la de García Malo ofrece el perfil del traductor moderno, en cambio, la de Hermosilla es una versión didáctica y poética. De las cuatro traducciones de la *Odisea* se refiere a la de E. Esparza, en verso, de la que opina que busca más la belleza que la fidelidad al texto. Este mismo autor, en el bloque III, («*La cuestión homérica en el siglo XIX español*») ofrece un panorama nutrido de opiniones que valoran y denotan la obra homérica llegando incluso a negar la existencia del poeta y la autoría de la misma persona para los dos poemas épicos. Recuerda que A. A. Camús también se hizo eco de esta cuestión al publicar «Homero y la ciencia nueva». M. González González y R. González Delgado: («*La lírica griega: Safo, Anacreonte, Tirteo y Bucólicos*») revisan las traducciones de las obras poéticas y ofrecen un juicio crítico de cada una de ellas resaltando los valores o los defectos. Se indica que algunos pasajes de estos poetas eran demasiado fuertes para la moralidad de los traductores. Más adelante (bloque III), M. González («*El mito de Safo en el siglo XIX*») recuerda que la poetisa aparece como motivo literario explícito de amante no correspondida. Se reinventa a Safo y sorprende que la escritora C. Coronado la presente como maestra de otras mujeres, estableciendo un paralelo con Santa Teresa.

Cuatro trabajos (pp. 227-294) conforman el bloque tercero, dedicado a la retórica y a los nuevos planteamientos filológicos. M.^a J. Muñoz Jiménez («*La última poética en verso: Rafael José de Crespo*»)

señala la originalidad y el grado de elaboración de la *Poética* de Crespo y la influencia de la de Luzán al mencionar a autores de otras nacionalidades y presentar la preceptiva por medio de insignes autores de todas las épocas. Con sabio criterio propone la influencia del *Viaje al Parnaso* sobre la obra de Crespo y establece acertadas correspondencias. Una de las figuras claves de la filología universitaria de este siglo A. A. Camús recibe un cálido homenaje y una especial consideración en muchos de los trabajos de este volumen, pero M.^a J. Barrios Castro («*Un estudio desconocido sobre Aristófanes. Los artículos del catedrático Alfredo Adolfo Camús*») destaca que este filólogo, a pesar de contar con publicaciones escasas y poco significativas, en este estudio refleja una enorme admiración por la obra de Aristófanes, un conocimiento notable de la lengua griega, del texto dramático, de autores clásicos y modernos y de las ideas científicas de su época. C. Fernández Fernández («*Las conferencias sobre oradores griegos y latinos en el siglo XIX*») aborda la oratoria, pero centrándose en las conferencias sobre oradores griegos y latinos, pronunciadas en el Ateneo (1872-73) por A. Roda, estudioso de esta materia y buen conocedor del uso público de la palabra y de la oratoria parlamentaria.

El cuarto bloque (295-358) reúne tres trabajos que se ocupan de la literatura antigua y moderna. C. Martín Puente («*El Drama y la novela históricos de tema romano en el siglo XIX*») señala que se intenta resucitar la tragedia de argumento histórico: Lucrecia, Virginia, Catilina, César y Bruto, Nerón etc. Centra su atención en el *Nerón* de E. Cautelar, obra que considera llena de retoricismo hueco y de nula creatividad, y en *Sónnica la cortesana* de Blasco Ibáñez, interesante e imaginativa por los personajes y situaciones que con-

tribuyen a la admiración del mundo clásico. A. Ruiz Pérez («*La visión viva del mundo clásico en Pérez Galdós y Clarín*») ha sabido seleccionar y ofrecer los mejores trozos de la prosa de estos novelistas para mostrar la admiración que sentían por los estudios clásicos, lo conveniente que era su estudio como ejercicio mental y la huella que dejaron en sus obras las enseñanzas recibidas de A. Camas.

El bloque quinto (359-412), con tres trabajos, completa el panorama filológico. R. González («*Nacionalismo y regionalismo en la consideración de la literatura grecolatina durante el siglo XIX*») ofrece información sobre las traducciones realizadas en lengua catalana, gallega, vasca y asturiana y precisa que éstas se llevan a cabo para demostrar que estas lenguas podían ocupar perfectamente los registros cultos que estaban destinados al castellano. De las relaciones culturales entre Argentina y el mundo clásico se ocupa M. E. Assis de Rojo («*La Literatura Clásica e Iberoamericana*») y parte del intento de búsqueda de la identidad cultural de lo argentino y de la apertura a las culturas europeas en la que se incluye la grecolatina. Señala que a partir de su independencia la literatura tiene en los escritores clásicos temas y formas métricas en las que se inspiran por representar valores universales de la cultura de Occidente. Cierra la compilación García Jurado («*La Iglesia Católica contra la enseñanza de los clásicos en el siglo XIX: el abate Gaume y su repercusión en España*») poniendo de manifiesto que los estudios de los clásicos no están en las coordenadas del pensamiento conservador, por esta razón, recuerda la oposición que desde la antigüedad los padres de la iglesia mostraron hacia la literatura clásica. Éstos intentaban combatir su enseñanza, a pesar de beber en sus textos e invitar a los jóvenes cristianos a tomar de

la cultura clásica lo provechoso para su formación. Esta oposición se vio reavivada por el abate Gaume (*Le ver ronger...*) quien afirmaba que la cultura clásica era un muro entre el cristianismo y la sociedad. M. Pelayo combatió estas ideas y valoró la postura de Camús por ser admirador del arte y la cultura pagana y amigo de la tradición cristiana.

La obra, útil e interesante en sus contenidos, representa una excelente aportación por la pluralidad y variedad de los temas, la calidad de sus trabajos, amenos, rigurosos, bien documentados, con abundantes notas y acertadas conclusiones que ofrecen material suficiente para posteriores investigaciones.

Se trata, en definitiva, de un libro fruto de la dedicación, entusiasmo y perseverancia de un equipo de investigación dirigido por García Jurado, buen conocedor de este período y de la labor llevada a cabo por Gil de Zárate, M. Pelayo y A. Camús, entre otros, como demuestran muchos de sus anteriores trabajos.

M.^a CRUZ GARCÍA FUENTES

GIBERT, Teresa y Laura Alba eds. *Estudios de Filología Inglesa. Homenaje a la Dra. Asunción Alba Pelayo*. Madrid: UNED, 2008. 615 pp.

Considerando la categoría profesional y académica de la Dra. Asunción Alba Pelayo, el Departamento de Filologías Extranjeras de la UNED ha publicado un libro en su homenaje. Realizando un cuidado proceso de revisión, las Dras. Teresa Gibert y Laura Alba han editado esta magnífica colección de ensayos, donde se recogen artículos de eminentes profesores universitarios que por diversos moti-